

Redención

El abad se acercó al nuevo monje que estaba recogiendo naranjas en el huerto del convento. Trabajaba en silencio. En el convento se habla lo necesario, y poco es lo que allí se necesita. El monje había llegado hacía una semana. Dijo venir de Lima. Pensaba hospedarse unos días hasta que zarpara desde Buenos Aires la nave que lo dejaría en España. El convento de Miraflores, había dicho en un momento, era su destino. Dijo llamarse Fray Alfonso. Algo impidió al abad pedirle la carta de recomendación del convento de Nuestra Señora de Lima. Acaso porque el monje, contra todo protocolo, no exhibió nada más que su sonrisa. Y era una sonrisa pura.

Nadie pregunta por la historia de nadie en un monasterio porque allí, justo allí, es donde se acaba la historia. Un convento es el lugar en el que rutinas y rituales encuentran la salida del tiempo. Vivir el pleno presente en la gracia del Señor. Nada más simple, nada más difícil. ¿Por qué abandonar un monasterio para ir a otro? ¿No son todos el mismo, acaso? El abad conjeturó cuestiones de salud, o acaso algún familiar en España requería la presencia de Fray Alfonso.

El monje descendió de la escalerita con una cesta llena de naranjas. Inclino su cabeza en señal de respeto al abad. Hacía calor. La sombra del naranjo apenas los protegía.

-Perdona que te lo pregunte, hermano Alfonso, pero quisiera saber por qué has abandonado Lima. ¿Acaso Dios no habita en todos los conventos?

-Sí, hermano, Dios habita en todos los conventos.

-¿Huyes de algo, alguna enfermedad?

-Nadie huye de sí mismo.

-No me has mostrado tus credenciales.

-No me fueron requeridas. Puedo traerlas ya mismo si lo deseas. ¿Hacen falta en un lugar como este? – respondió fray Alonso.

-No. Aquí tenemos todo lo que necesitamos.

-A veces hace falta lo que no se necesita.

-No te entiendo, hermano –dijo el abad.

-¿Necesitaban Adán y Eva comer del fruto prohibido?

El Abad lo mira extrañado, demora en contestar.

-No. Pero ellos fueron engañados por la serpiente.

-¿Y quién es la serpiente? –preguntó fray Alfonso.

-El maligno es la serpiente, hermano.

-Y no te has preguntado qué es lo que hacía la serpiente en el Paraíso.

El abad titubeó por primera vez en mucho tiempo.

-No, no me lo he preguntado. ¿Debería?

-Pues qué clase de Paraíso es aquel donde mora la serpiente.

-Me confundes –dijo el abad.

-Pues la serpiente sólo comprueba si merecemos el Paraíso. Dios la puso allí.

-Hermano, tú bien sabes que a Dios no le hace falta el maligno para saber de sus criaturas.

-Si tienes razón...

-Tengo razón- interrumpió el abad.

-Pues si es como tú dices, todo no fue más que una prueba para el maligno. Dios crea el Paraíso y a la pareja primordial para tentar a la serpiente con su pureza e inocencia. Es ella la que debe vencer la tentación de tentar. ¿No es ella, acaso, Luzbel, el ángel máspreciado? ¿No creó Dios el Infierno para castigar su soberbia? ¿Y no creo el Paraíso para darle una oportunidad?

El abad se quedó mirando a Fray Alfonso. Hacía mucho calor, sentía su transpiración correr por la espalda.

-Por qué dudas tanto, por qué haces tantas preguntas. Deberías calmar tu cabeza –dijo el abad.

-No lo sé. ¿Puedes tú, hermano?

-Sí, claro, oro por eso.

-¿Y cuántas oportunidades debería darle Dios a Luzbel? –preguntó fray Alfonso.

-Pues, no lo sé. Ninguna. Es su naturaleza. No puede cambiarla.

-Pero nuestro amado San Francisco, ¿no hablaba con los animales? ¿No cambió la naturaleza del lobo de Gubbio?

El abad le devolvió la sonrisa y se ofreció a llevar la cesta con naranjas.

-En dos días debo abandonar el convento –dijo Fray Alfonso llevando la escalerita de madera.

-¿Pero es que ya llega el barco? ¿Qué día es hoy? –preguntó el abad.

-Todo llega.

A la otra semana hubo una inesperada crecida del río. Muchos animales alcanzaron la ciudad: lagartos, carpinchos, algunas víboras. Un yagareté asustado llegó hasta el huerto de las naranjas y de allí se dirigió a la sacristía. Se encontró con una docena de monjes aterrados.

El yagareté observa al abad. ¿Quiere hablarle el sacerdote? ¿Puede hacer otra cosa que no sea correr? Dos segundos que duran lo que la eternidad. El animal da vuelta la cabeza y se abalanza sobre un fraile. Otros dos llega a matar antes de que le den muerte de un escopetazo.

Después de las exequias de sus hermanos, el abad abandonó el convento. Al parecer hizo un voto de silencio y se trasladó a otro. Nunca se supo cuál. Después de todo, todos los conventos son iguales.

Luis Sagasti